

NIVEL 13: ATRÉVETE A JUGAR

En el hospital, cada mirada, cada silencio y cada espera son pistas. Este es el viaje de quien decide jugar incluso cuando la vida parece detenerse.

AMPARO PLAZA ROCA

AV. PONT DE SAINT MARTIN 37. 46117 BÉTERA (VALENCIA)

659193970

amparoplazaroca@gmail.com

No recuerdo en qué momento exacto dejé de ser paciente y empecé a ser jugadora. Tal vez fue cuando me pusieron la pulsera. O cuando me dijeron que esperara "un momento" y ese momento duró doce horas.

Lo cierto es que, a la mañana siguiente, cuando me desperté en la habitación 427 del hospital, algo había cambiado.

No el cuerpo. Ese seguía roto, rendido, lento. Fue la mirada. La mente. Una sensación invisible, pero nítida, de que algo no encajaba en la realidad. Como si todo estuviera perfectamente coreografiado para decirme algo. Como si nada fuera casual.

Y entonces recordé la espera. Doce horas en urgencias, del mediodía a la medianoche. El 12, un número altamente simbólico en todas las tradiciones esotéricas: 12 apóstoles, 12 signos zodiacales, 12 portales. Marca un ciclo completo. Estuve 12 horas esperando... ¿esperando qué? Quizás no solo un antibiótico, sino también una comprensión. Una revelación. Tengo la sensación de que el "juego" me puso en pausa durante 12 horas para que observara, para que escuchara a toda esa gente entrando y saliendo, las sillas metálicas, el aire acondicionado congelando y ese desfile de figuras imposibles de ignorar. Pasaron cientos de personas. A la mayoría ni las recuerdo ya, pero unas cuantas me calaron. ¿Por qué esas y no otras?

Empiezo por recordar a una familia que llamó mi curiosidad. Eran tres. La enferma era una chiquita joven que tenía un aspecto muy juvenil, podría parecer una niña pequeña (bajita, delgadita y vestida de manera muy informal con pantalones cortos estilo baloncesto y camiseta de tirantes, toda de blanco). Pero fumaba y tenía expresiones de adulta, el conjunto resultaba un poco incongruente. Estaba con su padre que tenía un aire muy parecido a ella. Misma complexión, mismos gestos. Compartían un estilo estridente, como si la elegancia nunca hubiera pasado por su puerta.

La madre parecía más mayor que el padre y no estaba siempre, iba y venía. Una de las veces que salí de la Fe a desconectar y que me diera el aire, los vi fuera. Estaban el padre y ella fumando en un bordillo. Entonces llegó la madre, ella se

levantó y se puso a llorar abrazándola. La madre la consoló. Estuvieron toda la noche allí también. No sé si la ingresaron o si se fue a casa, pero me quedé con ellos. La familia de **la chica-niña** me removi6. Como si dentro de ella hubiera algo mío que también quería llorar. Quizás era una escena escrita para mí. Como en un videojuego de pistas. Y yo, jugadora consciente, reconocí algo.

La niña-adulta podría representar esa parte de mí que ha tenido que madurar rápido. Una versión joven de mí, casi infantil, que ha aprendido a llevar peso de adulta (el cigarro como símbolo de "ya no soy niña", de "yo también puedo con esto"). Tantas veces siendo frágil he tenido que aparentar fortaleza...

También es posible que representara esa tensión que siento entre ser vulnerable y ser fuerte. Ella "parecía" niña, pero actuaba como adulta. Tantas veces me he visto obligada a mostrar temple, madurez, incluso cuando por dentro necesitaba protección, aire y ternura...

En un momento dado me levanté y salí de la sala de espera porque tenía mucho frío por el aire acondicionado. Con décimas de fiebre y helada pedí una sábana para taparme. Y entonces escuché **al hombre v6mito**. Un hombre que apareció aparcado justo junto a mi silla. Vomitaba sin parar con mucho pesar. El pobre se encontraba muy mal. La bolsa de v6mito del hospital era transparente y se veía lo que tiraba. Todo líquido, aunque tenía color rojizo. Me despertó mucha inquietud, un poco de asco que intenté controlar, pero sobre todo miedo. El tipo de miedo que te recuerda que también tú podrías acabar así.

Vomitarse es expulsar lo que el cuerpo no puede digerir. Es rechazo. Es límite. Es decir "esto no puedo sostenerlo dentro". Este hombre no hablaba, no pedía, no parecía tener fuerzas para nada más que vomitar y existir en su dolor. Era un símbolo puro del cuerpo colapsando. Un límite absoluto. Un cuerpo que grita: basta. Estaba justo a mi lado. Tan cerca que necesité irme. No porque sea asquerosa, sino porque algo me estremeció.

¿Y si ese hombre estaba vomitando por mí? ¿Y si en este teatro sagrado que son las urgencias de un hospital, su cuerpo se ofrecía como actor simbólico para mostrarme la energía que necesito liberar? ¿La que llevo dentro y no sé aún

cómo expresar? ¿Una parte de mi ser que está queriendo gritar, sacar, vomitar algo que ya no puede mantener dentro?

En un momento dado sobre las 23:00h (y aunque aún no lo sabía, a una hora del final del tránsito por urgencias) me llevaron a una sala silenciosa, la que usan para dar malas noticias, para estar más tranquila y resguardada y por dar un poco de alivio a mi cansancio. Ahí el aire pesaba distinto. No había relojes, pero el tiempo se sentía más lento.

Me costó, pero conseguí relajarme viendo una película en móvil. De pronto, el silencio se quebró. No era un grito. No era un llanto. Era un sonido que parecía venir de otro plano: un lamento profundo, primitivo, como si concentrara todas las pérdidas del mundo en un solo aliento.

Pensé que a alguien le habían dado una mala noticia. Era un quejido profundo y siniestro que resonaba por todo el pasillo. Cada vez más alto y de manera insistente, se activaron todos mis sistemas de alerta. Pero justo en ese momento la enfermera entró y dijo “vamos”.

Yo pensé, “necesitan la sala”. Pero no. Ya me habían dado cama y me estaban buscando. Salí de la sala y entonces la vi, a la mujer del gemido. Una mujer encorvada, plegada sobre sí misma, cabeza sobre rodillas, como un cántaro derramado. El cuerpo convertido en un arco de dolor. No tenía cara, no tenía nombre, pero su llanto me atravesaba.

El lamento de **la mujer doblada**. Qué simbolismo. ¿Qué representa? Quizás el universo hermético (mental, simbólico, vibracional de Hermes Trismegisto) me estaba contando una historia en escenas.

Parecía yo una heroína que, justo antes de cruzar al siguiente nivel, es confrontada con la sombra final. El inframundo se manifestaba no en figuras demoníacas, sino en el cuerpo doblado de una mujer sin nombre, sin rostro, pero con un sollozo que hablaba por todas las penas que no pueden decirse. Y justo entonces, me dicen: “vamos”.

La enfermera entra en escena como un psicopompo (guía de almas). No hay prisa, no hay alarma. Solo la firmeza de quien sabe que el ritual ha terminado. Mi cama está lista por fin. Parece que había cumplido mi rito. Podía subir. Podía dejar atrás esa visión.

La mujer doblada no era una drogadicta, era la figura arquetípica del Dolor. ¿Ese lamento puede estar simbolizando mi propio grito ahogado? La sala no era solo la sala de los muertos, era una cámara iniciática. Mi salida no fue casualidad, fue un ascenso, un movimiento ritual hacia mi nueva etapa justo a medianoche. Esa escena fue para mí. No solo para presenciar. Sino para recibir. Quizás yo sobreviví a algo que esa mujer no. Pero yo soy su testigo. Y como testigo, ahora tengo el poder de nombrar lo inefable.

Eso fue antes de la cama. Antes del ascenso al Nivel 13.

Ya en la habitación, el tiempo se deslizaba raro. Como si no existiera del todo. Pedí una manta. Luego un paracetamol. Luego nada. Y justo cuando la mente empezaba a apagarse, unos días después, el juego se reactivó.

Llegó él: mi hijo Lucas, junto con mis padres. Seis años. Luz pura. Corriendo hacia mí con una energía que ninguna bacteria podría detener. Me besó, me saltó encima, me desarmó. Dimos un paseo por el hall del hospital.

Y entonces apareció el piano. Un piano de cola de la Fundación Músicos por la Salud, una organización que yo conocía bien. Un piano que yo misma ayudé a colocar ahí. Allí, en medio del hall del hospital. Rodeado de libros y bancos metálicos. Un espacio improbable, pero real. Lucas se fue directo a los cuentos. Y yo, al sonido.

Una chica había venido con su abuela. Se sentó y empezó a tocar "Nuvole Bianche", de Ludovico Einaudi. Mi compositor favorito. Una de mis canciones favoritas.

Se me erizó la piel. Sentí que el hospital se convertía en otra cosa. Un templo. Un portal. El pasado, el presente y el futuro ocurriendo al mismo tiempo. Las veces que ayudé a esa fundación desde mi trabajo. Las veces que pasé por ese

mismo piano sin escucharlo. Y el gozo que sentía y sentiré con su música. Todo junto. Todo uno. No lloré. Porque no hacía falta. El tiempo se paró.

Detrás del banco donde estábamos, Lucas se acercó a un ventanal: -Mami, hay una paloma aquí atrapada.

Era cierto. Estaba en un patio interior sin techo, pero sin salida. La paloma intentaba volar, pero las paredes eran altas. No podía escapar. Intentamos buscar ayuda. Nadie podía entrar. Una enfermera dijo que lo diría a su supervisora.

No supe qué más hacer. Me dolió dejarla, pensé "si no la ayudamos morirá ahí encerrada". Me dolió la impotencia pero solo quedaba confiar.

De vuelta en la habitación, sobre la mesita, había una hoja doblada en cuatro. No estaba antes. La abrí. Decía: "La paloma ya sabe volar. Tú solo necesitabas verla." No pregunté quién la dejó. No hacía falta.

Al rato vino una enfermera que nunca había visto. Me sonrió distinto. Como si supiera algo. Se acercó a mi oído y susurró: "Gracias por jugar. Has terminado el Nivel 13. Puedes volver cuando quieras".

Miré el monitor. Ya no marcaba 13:13. Marcaba 14:14. Y por primera vez en días, sonreí sin esfuerzo.

Antes de salir del hospital quise comprobar si la paloma aún seguía enjaulada. Me sudaban las manos porque si seguía ahí, difícil futuro tendría. Pero al poco, con mucha ilusión, envié un mensaje a mi familia: "la paloma ya no está encerrada".

Y es que la vida es un tablero misterioso. Cada reto, cada problema, cada vivencia dolorosa nos trae información. Yo hace un tiempo decidí usarla para la transformación. Pase lo que pase... siempre me atreveré a jugar. ¿Y tú?